

1

Alguien le había dicho a Dex que la reina vivía en Victoria. Él también, aunque ella tenía un palacio y él ocupaba una habitación en una calle que daba a Warwick Way. Aun así, a Dex le gustaba la idea de tenerla de vecina. Le gustaban muchas de las cosas de la nueva vida que llevaba desde hacía unos meses. Tenía ese trabajo con el doctor Jefferson, de modo que podía trabajar en un jardín tres mañanas a la semana, y el buen hombre había dicho que hablaría con la señora que vivía en la casa de al lado para que trabajara una mañana con ella. Aunque le habían dicho que no debía cobrar ningún salario mientras estuviera percibiendo la prestación por invalidez, el doctor Jefferson nunca hacía preguntas y quizá la señora de apellido Neville-Smith tampoco las haría.

Jimmy, que llevaba en coche al doctor Jefferson al hospital donde trabajaba a diario, le había dicho que se pasara por el pub esa noche. El pub, situado en la esquina de Hexam Place y Sloane Gardens, se llamaba Dugong, un nombre cuanto menos peculiar que Dex no había oído en su vida. Todos los miembros del servicio de Hexam Place iban a reunirse allí. Dex nunca había asistido a ningún tipo de reunión y no sabía si le gustaría la experiencia, pero Jimmy había prometido que le invitaría a una Guinness, que era su bebida favorita. Se habría tomado una Guinness todas las noches con el té si hubiera podido permitírsela. Cuando estaba a mitad de camino por Pimlico Road, sacó el móvil y miró si Peach le había dejado algún mensaje de voz o de texto. A veces dejaba alguno, y siempre le hacía feliz. Normalmente, el mensaje le llamaba por su nombre y decía que había sido tan bueno que Peach le daba diez llamadas gratis o algo parecido. Esa vez no tenía nada, pero él sabía que volvería a tener alguno, o incluso que Peach hablaría con él. Peach era su dios. Dex lo sabía porque cuando la señora que vivía en el apar-

tamento de la planta alta le había visto sonriendo a su móvil y recuperando una y otra vez un mensaje, había dicho:

—Peach es tu dios, Dex.

Necesitaba un dios que lo protegiera de los malos espíritus. Ya hacía bastante tiempo que no veía a ninguno y sabía que era porque Peach le protegía, del mismo modo que sabía que si tenía alguno cerca del que debía protegerse, Peach le avisaría. Confiaba en Peach como jamás había confiado en ningún ser humano.

Se detuvo delante del Dugong, que conocía bien, porque estaba justo al lado de la casa del doctor Jefferson. El pub no estaba pegado a la casa, aunque sí ocupaba el edificio contiguo, porque la casa del doctor Jefferson era grande y estaba aislada, con un gran jardín que él atendía. El rótulo del pub era una especie de pez grande con la mitad del cuerpo asomando de un agua azul y ondulada. Dex sabía que era un pez porque estaba en el mar. Abrió la puerta de un empujón y allí estaba Jimmy, saludándole amigablemente con la mano. Los demás, situados alrededor de la mesa, le miraron, pero Dex enseguida se dio cuenta de que ninguno era un espíritu maligno.

—Yo no soy una criada. —Thea se sirvió un puñado de frutos secos—. Puede que vosotros sí lo seáis, pero yo no.

—Entonces, ¿qué eres? —preguntó Beacon.

—No lo sé. Hago pequeños trabajos para Damian y Roland. No olvidéis que tengo estudios.

—Bendita ella, la que no ocupa un asiento entre los desdeñosos. —Beacon retiró el cuenco, alejándolo del alcance de Thea—. Si vas a comer frutos secos del cuenco común, no deberías meter ahí la mano después de habértela llevado a la boca.

—No os peleéis, chicos —dijo June—. Portémonos bien. Si no eres una criada, Thea, no puedes ser candidata a unirse al Club de Hexam Place.

Era agosto y el día había sido soleado y muy caluroso. El contingente de quienes conformarían el club no había podido estar pre-

sente al completo. Rabia, musulmana y niñera, nunca salía de noche, y menos aún para ir a un pub; Zinnia, que limpiaba en casa de la princesa, en la de los Still y en la del doctor Jefferson, no era interna, y Richard estaba preparando la cena para los invitados de lady Studley, mientras Sondra, su esposa, servía la mesa. Montserrat, la *au pair* de los Still, había dicho que quizás iría, pero a última hora le había surgido una misteriosa tarea que acometer, y Dex, el recién llegado, jardinero del doctor Jefferson, no abría la boca salvo para decir «salud». Pero seguían esperando la llegada de Henry, que por fin apareció mientras June se quejaba de que a los frutos secos del Dugong les faltaba sal y por tanto eran insípidos.

Con su imponente estatura y el patente parecido con el *David* de Miguel Ángel, Henry habría sido sin duda alguna en tiempos pasados un claro candidato a ocupar el puesto de lacayo. De hecho, se sabía que, en 1882, su tatarabuelo había sido lacayo de un duque. Era el más joven del grupo después de Montserrat, y aunque parecía una estrella de Hollywood de la década de 1930, en realidad era el chófer y a veces también jardinero y hombre para todo de lord Studley, encargándose de las tareas que Richard no podía o no quería desempeñar. Su jefe se refería a él con una risa jovial como su «factótum general». Nunca le llamaba Harry ni Hal.

Beacon dijo que le tocaba a Jimmy pagar ronda y preguntó a Henry qué le apetecía tomar.

—Blanco de la casa, por favor.

—Eso no es para hombres. Eso es bebida de señoras.

—Yo no soy un hombre, sino un niño. Y no pienso tomar cerveza ni alcohol hasta la semana que viene, cuando haya cumplido los veinticinco. ¿Os habéis enterado de que han apuñalado a otro niño? En el Embankment. Ya suman tres esta semana.

—No hay necesidad de hablar de eso, Henry —intervino June.

Quien claramente no tenía el menor deseo de hablar de eso era Dex, que se terminó su Guinness, se levantó y se marchó sin decir nada. June le vio marcharse y dijo:

—Menudos modales. Aunque ¿qué se puede esperar? Ahora tenemos que hablar del club. ¿Cómo se constituye un club?

Jimmy dijo entonces con voz de fastidio:

—Hay que elegir a un presidente, aunque no podemos llamarle presidente porque podría ser una señora. Hay que llamarle «presi».

—No pienso llamar así a ningún hombre. —Thea alargó la mano hacia el cuenco de los frutos secos—. ¿Por qué no nombramos a Jimmy presidente y a June secretaria y los demás somos sólo miembros? Y nos vamos. Ésta podría ser la reunión que inaugure el Club de Hexam Place en honor de santa Zita.

Henry estaba mandando un mensaje de texto con su iPhone.

—¿Quién es santa Zita?

Fue June la que contestó.

—Es la santa patrona del servicio doméstico y la que daba su comida y su ropa a los pobres. Si veis alguna foto de ella, la encontraréis sosteniendo una bolsa y con un puñado de llaves en la mano.

—El niño al que apuñalaron —dijo Henry—, vi a su madre en la tele y dijo que estaba a punto de sacar tres sobresalientes y que era capaz de hacer cualquier cosa por cualquiera. Todo el mundo le quería.

Jimmy negó con la cabeza.

—¿Qué curioso, no? Todos esos niños asesinados y eso..., y nunca se oye decir a nadie que eran unos demonios ni una amenaza para el barrio.

—Bueno, dejarían de serlo al morir, ¿no? —El iPhone de Henry tintineó, informándole de que acababa de recibir un mensaje. Era el que esperaba y sonrió un poco al ver el mensaje de Huguette—. Por cierto, ¿cuál es el fin del club?

—La solidaridad —respondió Jimmy—. Para apoyarnos entre nosotros. Y además podríamos organizar salidas e ir a ver algún espectáculo.

—Eso podemos hacerlo igualmente. No hace falta organizar un club de criados para ir a ver *Los Miserables*.

—Yo no soy una criada —insistió Thea.

—Pues en ese caso, quizá podrías ser miembro honoraria —intervino June—. En fin, ése es mi destino. Ya está muy oscuro y la Princesa va a empezar a preocuparse.

Montserrat no apareció y nadie supo cuál era el «misterioso cometido» que le había impedido asistir a la reunión. Jimmy y Thea hablaron durante una hora aproximadamente sobre el club, debatiendo sobre su cometido y sobre si serviría para impedir que los jefes mantuvieran levantados a sus conductores a todas horas y les obligaran a beber Coca-Cola mientras aguardaban su llamada. Aunque Jimmy no incluía al doctor Jefferson, que era un ejemplo para los demás. Henry quería saber quién era el tipo bajito del pelo abundante. Dex, o algo así. No le había visto antes.

—Cuida de nuestro jardín. —Jimmy se había acostumbrado a referirse a la propiedad de Simon Jefferson como si perteneciera por igual al pediatra y a él—. El doctor Jefferson le ha dado trabajo movido por la bondad de su corazón. —Se terminó su cerveza y añadió dramáticamente—: Ve espíritus malignos.

—¿Que hace qué? —Henry se quedó boquiabierto, justo el efecto que Jimmy había deseado provocar con su declaración.

—Bueno, los veía. Intentó matar a su madre y le encerraron en... bueno, en un centro para los dementes criminales. Le atendía un psiquiatra que era amigo del doctor Jefferson, y cuando el psiquiatra le curó, le dejaron salir porque dijeron que nunca volvería a hacerlo, y el doctor Jefferson le dio ese trabajo en casa.

Thea pareció inquietarse.

—¿Creéis que por eso se ha ido así, sin despedirse? ¿Porque le afectaba demasiado oírnos hablar de los apuñalamientos? ¿Creéis que ha sido por eso?

—El doctor Jefferson dice que está curado —dijo Jimmy—. Que nunca volverá a hacerlo. Su amigo se lo juró por lo más sagrado.

Henry fue el último en marcharse porque le apetecía tomarse otra copa de licor para señoras. Los demás se habían ido ya en la misma dirección. Todas las casas en las que trabajaban estaban en

Hexam Place, una calle de casas de estuco blanco o de ladrillos dorados conocidas como georgianas entre los agentes de la propiedad, aunque ninguna había sido construida antes de 1860. La que tenía el número 6, situada al otro lado del Dugong, era propiedad de Su Serena Alteza, la Princesa Susan Habsburgo, título incorrecto donde los hubiera, salvo en el nombre de pila. La Princesa —ése era, entre otros, el nombre con el que se la conocía entre los miembros del Club de Hexam Place— tenía ochenta y dos años y había vivido en esa casa durante casi sesenta, y June, que era cuatro años más joven que ella, llevaba allí el mismo tiempo.

Aunque la escalera de servicio bajaba hasta su puerta, cuando June salía y volvía a casa al caer la noche, siempre entraba por la puerta principal, aunque tuviera que subir ocho escalones en vez de bajar doce. Había noches en que la polimialgia reumática que la afectaba convertía el ascenso en un auténtico suplicio, pero ella insistía en acceder a la casa por la puerta principal para que los transeúntes y los demás residentes de Hexam Place supieran que era más una amiga para la Princesa que una simple empleada. Zinnia había bañado ese día a *Gussie* y había aparecido con un nuevo ambientador, de ahí que el olor a perro fuera menos perceptible. Hacía mucho calor. Aunque mezquina en muchos aspectos, la Princesa era espléndida en el uso de la calefacción central y la mantenía encendida durante todo el verano, abriendo las ventanas cuando el calor era insoportable.

June oyó que la Princesa estaba viendo *Holby City*, y aun así decidió entrar.

—¿Puedo servirle alguna cosa, señora? ¿Un vodka con tónica o un zumo fresco de naranja?

—No quiero nada, querida. Ya me he tomado mi vodka. —La Princesa no se volvió a mirarla—. ¿Estás bebida? —Ésa era una pregunta que siempre hacía cuando sabía que June había estado en el pub.

—Naturalmente que no, señora —era siempre la respuesta de June.

—Bueno, no hables más, querida. Quiero saber si este tipo tiene psoriasis o un melanoma maligno. Mejor que te acuestes.

Era una orden, y amiga o no amiga, incluso a pesar de llevar juntas sesenta años, June sabía que la opción más inteligente era obedecer. Los miembros jóvenes del club quizá fueran amigos de sus jefes. De hecho, Montserrat llegaba incluso a llamar Lucy a la señora Still, pero a los ochenta y dos y setenta y ocho años las cosas eran distintas: las normas no se habían relajado mucho desde los tiempos en que Susan Borrington había huido con aquel espantoso muchacho italiano y él la había llevado a su casa de Florencia. June se fue a la cama y cuando se estaba quedando dormida sonó el teléfono interno.

—¿Has acostado a *Gussie*, querida?

—Se me ha olvidado —murmuró June, apenas consciente.

—Pues hazlo, ¿quieres?

Las zonas de servicio de las casas de Hexam Place eran totalmente distintas entre sí: algunas tenían armarios debajo de las escaleras, otras los tenían en las paredes medianeras que separaban esta zona de la casa vecina, y la mayoría tenían macetas con plantas, helechos, choisyas, aguacates que crecían de las piedras, hasta una mimosa y la ocasional estatua. Todas contaban con alguna suerte de lámpara, normalmente un aplique, globular o cuboide. La del número 7, que era la residencia de los Still y que estaba a tres puertas del Dugong, era una de las que tenían un armario en la pared y ni rastro de macetas con plantas. La bombilla que colgaba encima de la puerta del sótano no estaba encendida, aunque la pálida luz que proyectaba una farola le mostró a Henry una figura que estaba de pie justo dentro del armario de la pared. Se detuvo y miró por encima de la barandilla. La figura, que pertenecía a un hombre, retrocedió todo lo que pudo, buscando refugio en el hueco poco profundo del armario.

Probablemente se tratara de un ladrón. Había habido muchos delitos en la zona últimamente. Montserrat le había dicho que la

semana pasada, sin ir más lejos, alguien se había colado por la ventana del número 5, la casa de los Neville-Smith, y se había llevado el televisor, un maletín lleno de dinero y las llaves de un BMW, y había salido por la puerta principal para marcharse después en el coche. ¿Y qué esperaban si no tenían pestillos en las ventanas y hasta dejaban abierta una ventana de la planta baja unos cinco centímetros? Obviamente, el hombre no tenía buenas intenciones, frase que Henry había oído en boca de su jefe y que le gustaba. Lord Studley le pediría que llamara a la policía con su móvil, pero Henry no siempre hacía lo que lord Studley sugería, y de hecho había salido a hacer algo que su jefe sin duda habría desaprobado.

Cuando ya se volvía de espaldas, la puerta del sótano se abrió y apareció Montserrat. La chica le saludó con la mano, dijo «hola» e invitó a salir del armario al hombre. Debía de ser su novio. Henry esperaba que se besaran, pero no fue así. El hombre entró y la puerta se cerró. Quince minutos más tarde, después de haber olvidado al ladrón o al novio en cuestión, Henry estaba en Chelsea, en el piso de la honorable Huguette Studley. Últimamente las visitas de Henry seguían siempre el mismo patrón: primero la cama y después la discusión. Él habría preferido saltarse la discusión y pasarse el doble de tiempo en la cama, pero eso era algo que en contadas condiciones le estaba permitido. Huguette (llamada así en recuerdo de su abuela francesa) era una chica muy hermosa de diecinueve años, con una gran boca roja, unos grandes ojos azules y un pelo que su abuela habría llamado encrespado, pero en el que otros reconocían la gran mata rizada que había puesto de moda Julia Roberts en *La guerra de Charlie Wilson*. Era siempre Huguette la que iniciaba la discusión.

—¿No te das cuenta de que si vivieras aquí conmigo podríamos pasar todo el tiempo en la cama, Henry? No nos pelearíamos porque no tendríamos ningún motivo de disputa.

—Y tú no te das cuenta de que tu padre me despediría. Y por dos motivos —decía Henry, que había adoptado cierta dosis de lenguaje parlamentario de su jefe—: para ser claros, por no vivir en el número once y por tirarme a su hija.

—Podrías encontrar otro trabajo.

—¿Cómo? Me llevó un año encontrar éste. Y ya puedo despedirme de que tu padre me dé referencias. Ya te lo digo yo.

—Podríamos casarnos.

Si alguna vez Henry pensaba en el matrimonio, lo veía cuando tuviera cincuenta años, con una mujer con dinero y con una gran casa en los suburbios.

—Ahora la gente no se casa —dijo—, y en cualquier caso, me voy. Recuerda que tengo que estar a las siete de la mañana en la puerta del número once con el Bemeer, esperando a que tu padre decida salir, cosa que puede no ocurrir hasta las nueve, ¿estamos?

—Mándame un mensaje de texto —dijo Huguette.

Henry se marchó. Un zorro urbano salió del patio del número 5, le lanzó una mirada desagradable y cruzó la calle para saquear el cubo de la basura de la señorita Grieves. Todavía había luz en el dormitorio de lord y lady Studley, situado en el primer piso del número 11. Henry esperó en la calle durante unos segundos, mirando hacia arriba con la esperanza de que las cortinas del dormitorio se descorrieran y lady Studley mirara a la calle, preferiblemente con su camisón de encaje negro, le dedicara una cariñosa sonrisa y frunciera los labios en un beso. Pero no ocurrió nada. La luz se apagó y Henry entró por la puerta de servicio.

En vez de abrir la puerta de su estudio con baño privado (llamado apartamento por sus jefes), Montserrat había llevado a su visita por la escalera del sótano hasta la planta baja y de allí a una escalera que ascendía en semicírculo hasta la galería. La casa estaba en silencio, un silencio que tan sólo interrumpía el suave repiqueteo de las zapatillas de Rabia sobre el suelo del cuarto de los niños, situado en el piso de arriba. Montserrat llamó a la tercera puerta de la derecha, la abrió y dijo:

—Rad está aquí, Lucy. —Les dejó a lo suyo, o así se lo dijo a Rabia cinco minutos más tarde—. ¿Por qué no bajas un rato ahora que los niños duermen? Tengo media botella de vodka.

—Sabes muy bien que no bebo, Montsy.

—Puedes tomarte un vaso del zumo de naranja con el que mezclo el vodka.

—No oiría a Thomas si llora. Le están saliendo los dientes.

—Hace semanas que le están saliendo los dientes, por no decir meses —replicó Montserrat—. Si fuera hijo mío, le habría ahogado.

Rabia le dijo que no debía hablar así, que estaba mal, por lo que Montserrat empezó a hablarle a la niñera de Lucy y Rad Sothern. Rabia se tapó los oídos con los dedos. Volvió junto a los pequeños: Hero y Matilda dormían profundamente en el dormitorio que compartían y encontró al pequeño Thomas inquieto aunque silencioso en la cuna que ocupaba en la «habitación de los niños». A veces a Rabia la confundía tener que llamar «habitación de los niños» a un vivero, porque, por lo que ella sabía —su padre trabajaba en uno—, un vivero era un lugar donde se sembraban plantas. Aun así, nunca lo preguntó. No quería parecer idiota.

Montserrat se había despedido de ella y se había marchado. El tiempo pasó muy despacio. Se hacía tarde y Rabia se planteó muy seriamente la posibilidad de acostarse en el cuarto que ocupaba en la parte trasera de la casa. Pero ¿y si el señor Still subía hasta allí al volver a casa? A veces lo hacía. Thomas se echó a llorar y luego empezó a chillar. Rabia lo tomó en brazos y comenzó a pasearse con él, echando mano del remedio soberano, de un extremo a otro de la habitación. La habitación de los niños daba a la calle, y desde la ventana vio a Montserrat que despedía al hombre llamado Rad por la escalera que bajaba a la zona del servicio. Rabia negó con la cabeza, en absoluto excitada o divertida, como Montserrat habría esperado, sino profundamente conmocionada.

Aunque Thomas se había quedado callado, empezó a lloriquear en cuanto la niñera volvió a dejarlo en la cuna. Rabia tenía grandes reservas de paciencia y adoraba al niño. Era viuda y sus dos hijos habían muerto siendo aún muy pequeños. Eso, según había declarado uno de los médicos, se debía a que se había casado con un primo hermano. Pero tampoco Nazir había vivido mucho tiempo y ahora

ella se había quedado sola. Se sentó en la silla que estaba junto a la cuna, hablando en voz baja a Thomas. Cuando el bebé volvió a llorar, lo tomó en brazos y se lo llevó a la mesa del rincón donde estaba el hervidor del agua y la pequeña nevera y se dispuso a prepararle un biberón. Estaba demasiado apartada de la ventana para ver u oír el coche del señor, y el primer indicador que anunció la llegada de Preston Still fue el sonido de sus pies ostensiblemente pesados en las escaleras. En vez de detenerse en la planta donde dormía su mujer, los pies siguieron subiendo. Como Rabia esperaba. Como *Jemima Puddle-Duck* —un libro que ella les leía a veces a los niños y que, según decían ellos, sonaba peculiar con su acento—, Preston era un padre ansioso. Todo lo contrario que su esposa, pensaba la niñera a menudo. Preston Still entró a la habitación con aspecto cansado y estresado. Había asistido a una conferencia en Brighton. Rabia lo sabía porque Lucy se lo había dicho.

—¿Se encuentra bien el niño? —Preston tomó a Thomas en brazos y lo estrechó con demasiada fuerza para el confort del niño. Su cuidado por el pequeño se circunscribía a la preocupación que mostraba por su salud—. No le pasa nada, ¿verdad? Si le pasara cualquier cosa, por mínima que sea, deberíamos llamar al doctor Jefferson. Es un buen amigo. Sé que estaría aquí en un abrir y cerrar de ojos.

—Se encuentra perfectamente, señor Still. —El uso de nombres de pila con los jefe de Rabia no era aplicable al señor de la casa—. No quiere dormirse, eso es todo.

—Qué curioso —dijo Preston, entristecido. La idea de que alguien no quisiera dormirse, sobre todo si se trataba de alguien de su propia sangre, le resultaba extraña—. ¿Y las niñas? Me ha parecido que Matilda tenía un poco de tos ayer cuando la vi.

Rabia dijo que Matilda y Hero dormían profundamente en la habitación contigua. A ninguno de los niños le pasaba nada, y si el señor Preston volvía a acostar con suavidad a Thomas, el pequeño sin duda terminaría por dormirse. Sabedora de cómo complacerle, y deseosa de librarse de él y poder volver a su propia cama, añadió:

—Echaba de menos a su padre y ahora que está usted aquí todo irá bien.

Ni pediatra ni más molestias. Rabia podría acostarse. Podría dormir quizá cinco horas. Lo que le había dicho al señor Still sobre que Thomas echaba de menos a su padre no era cierto. Era una mentira con la que pretendía complacerle. En secreto, creía que ninguno de los niños echaría ni un segundo de menos a ninguno de sus padres. Rara vez les veían. Pegó los labios a la mejilla de Thomas y susurró:

—Cariño mío.

2

En la bandeja había una pequeña terrina con la clase de yogur que asegura regular la defecación del consumidor, un higo y una tostada con mantequilla, mermelada y una cafetera. La Princesa estaba en plena fase de consumo de yogur. June sabía que estaba en la mitad exacta de la fase en cuestión porque éstas siempre duraban cuatro meses y ya habían transcurrido dos. Desplegó las patas plegables de la bandeja —ninguna de las dos sabía cuál era el nombre exacto de esa clase de bandeja— y la colocó encima del edredón. La Princesa siempre se recogía el pelo con rulos al acostarse y ahora procedía a quitárselos, salpicando la tostada de caspa.

—¿Has dormido bien, querida?

—No he dormido mal del todo, señora. ¿Y usted?

—He tenido un sueño de lo más peculiar. —La Princesa solía tener sueños peculiares y se dispuso a relatar ése.

June no la escuchó. Descorrió las cortinas y se quedó plantada delante de la ventana, mirando desde allí Hexam Place. El BMW negro de lord Studley estaba aparcado delante del número 11, en la acera de enfrente, con el pobre Henry al volante. June sabía con seguridad que llevaba dos horas allí. Tenía todo el aspecto de haberse quedado dormido, y no era de extrañar. Era una auténtica lástima que el Club de Hexam Place no fuera un sindicato, aunque quizá pudiera gozar de algunas de las prerrogativas de un sindicato y poner fin a un trato tan cruel a un empleado. Se preguntó si, en el caso de Henry, no se estarían infringiendo los derechos humanos.

El elegante autobús escolar, con una raya azul en el lateral, dobló la esquina desde Lower Sloane Street. Hero y Matilda Still esperaban delante del número 7 de la mano de Rabia. La niñera las acompañó al autobús, que se las llevó a su carísimo colegio de Westminster. ¿Por qué no podía haberse encargado su madre? «Está to-

davía en la cama», pensó June. Haciendo honor a su apellido*. ¡Qué mundo éste! Damian y Roland habían emergido del número 8, cuya puerta June no podía ver desde donde estaba. Esos dos siempre iban juntos a todas partes. Si hubieran sido una pareja de sexos opuestos habrían ido de la mano, y a ella, ardiente progresista donde las hubiera, le parecía una auténtica vergüenza que eso fuera un avance por conseguir en la lucha contra los prejuicios y la intolerancia. El señor Still acababa de salir del número 7 cuando la Princesa llegó al punto culminante del relato de su sueño. June poseía un instinto que había desarrollado gracias a años de experiencia y que le permitía reconocer cuándo llegaba ese momento.

—... y resulta que no era mi madre, sino esa chica pelirroja que limpia en casa de esos mariquitas, y entonces me he despertado.

—Fascinante, señora, pero no debería decir «mariquitas», ¿no le parece? Se dice «pareja gay».

—Ah, sí, claro. Si insistes... Estoy segura de que lady Studley no permite que Sondra le hable así.

—Probablemente, señora —dijo June—. ¿Desea que le traiga alguna cosa más?

No, no deseaba nada. La Princesa se quedaría un rato enfurrugada y después se levantaría. June había oído llegar a Zinnia. Bajó, feliz tras haber ganado ese asalto, y dispuesta, en cuanto convenció a la limpiadora de que se ocupara el comedor, a lidiar con la agenda de la siguiente reunión del club.

June Caldwell tenía quince años cuando su madre, viuda y ama de llaves de Caspar Borrington, le había conseguido un puesto de criada personal (bueno, en realidad era de señorita para todo) de Susan Borrington, la hija del señor. Cuando le faltaban dos meses para cumplir los dieciocho años, Susan se había prometido al príncipe Luciano Habsburgo, vástago de una familia italiana de dudoso origen aristocrático, al que había conocido esquiando en Suiza. Quizás el joven no fuera exactamente el vástago, pues tenía dos herma-

* Juego de palabras. «Still» significa «quieto» en inglés. (*N. del T.*)

nos mayores y era monitor de esquí. No había dinero y el título tenía todos los visos de provocar la risa de los italianos, pues el padre de Luciano había cambiado su apellido de Angelotti a Habsburgo unos años antes. El hombre era dueño de un par de tiendas de lencería en Milán. Eso, curiosamente, les dio algo en común. Caspar Borrington, que tenía mucho dinero y que era dueño de tres casas y de un piso en Mayfair, había amasado su fortuna con algo no muy distinto, aunque menos digno incluso. Sus fábricas producían compresas. El advenimiento de Tampax dio al traste con el negocio, pero cuando Susan conoció a Luciano la familia era enormemente rica y ella era hija única.

Se casaron y June se fue a vivir con la pareja al apartamento de Florencia que pagaba el padre de Susan. June quedó fascinada con la ciudad, con la gente y su peculiar forma de hablar, el clima, siempre glorioso (Susan se había casado en mayo), los edificios, el Arno, los puentes y las iglesias. Cuando estaba empezando a acostumbrarse a Florencia, y ya había aprendido a decir «*Buon giorno*» y «*ciao*», la pareja tuvo una discusión más espectacular que de costumbre, llegando a las manos, y Susan le dijo a June que hiciera las maletas, que volvían a casa.

No llegaron a divorciarse nunca, pues Susan estaba convencida de que el divorcio en Italia era imposible. Caspar Borrington dio a Luciano una gran suma de dinero para mantenerle la boca cerrada y Susan no volvió a verle. Años más tarde, consiguió anular el matrimonio. Él no era una Serena Alteza e incluso había la duda de que ni siquiera fuera príncipe, pero Susan se hizo llamar «Su Serena Alteza la Princesa Susan Habsburgo», imprimió ese nombre en sus tarjetas y lo añadió al censo de votantes de la City de Westminster. Su padre le compró el número 6 de Hexam Place, que en aquel momento no era una dirección tan elegante como lo sería más adelante, y Susan había vivido allí desde entonces, granjeándose un círculo de amistades entre las viudas de generales, ex esposas de deportistas y vetustas hijas solteras de directores de empresa. Había habido también amantes, aunque no muchos ni durante mucho tiempo.

Zinnia era otra que ostentaba un nombre adoptado, pues le disgustaba el de Karen, que era con el que había sido bautizada en Antigua. El apellido Saint Charles era auténtico. Trabajar para una Princesa en el corazón de Knightsbridge le reportó mucho renombre y le facilitó conseguir empleos limpiando en el número 3, el número 7 y el número 9. Tras haberla convencido para que limpiara el comedor, June le preguntó si le apetecía unirse al Club de Hexam Place.

—¿Cuánto cuesta?

—Nada. Y tienes muchas posibilidades de conseguir un buen número de copas gratis.

—De acuerdo —convino Zinnia—. No me importaría. ¿Henry Copley también es miembro?

—Sí —respondió June—. Pero no te hagas ilusiones. Ya tiene el plato lleno.

Se dirigió al estudio, al que la Princesa nunca entraba, se sentó a la mesa que la Princesa nunca utilizaba y empezó a redactar los reglamentos del club y a aprender a escribir unos estatutos.

Todas las casas de Hexam Place tenían jardín delantero y trasero, y el jardín lateral del número 3, que separaba la casa del Dugong, era un poco más amplio que el de las demás. Los jardines delanteros requerían muy poca atención, pues consistían en cuadrados de grava con un árbol en el centro. Por ejemplo, en los pequeños parterres delanteros del número 4 había un cerezo japonés en flor, y dos araucarias en el de Simon Jefferson. Dex se alegraba de que hubiera poco que hacer en ese jardín delantero, pues las araucarias le alarmaban un poco. No se parecían a ningún árbol que hubiera visto antes y, a su entender, eran más parecidas a algo que cabía esperar encontrar bajo el mar, junto a un arrecife de coral. Dex sabía de su existencia porque las había visto en la televisión. La televisión se encendía en cuanto entraba a su cuarto, y seguía encendida, independientemente del programa que ofreciera, hasta que se iba a la

cama. A veces, si estaba asustado o simplemente molesto y Peach no le decía nada, la dejaba encendida toda la noche.

A Dex le gustaba el jardín trasero del doctor Jefferson porque era grande, estaba cercado por paredes y cubierto de césped. Él cortaba el césped más a menudo de lo que era estrictamente necesario, porque la máquina cortacésped era muy bonita e iba como una seda. El doctor Jefferson le había dicho que podía comprar plantas si quería y había dado órdenes a Jimmy para que le diera el dinero, así que Dex iba al vivero de Belgrave Nursery y compraba plantas anuales en mayo y verónicas y lavanda en septiembre, siguiendo el consejo del alto asiático llamado señor Siddiqui. El doctor Jefferson estaba satisfecho con su trabajo y le había recomendado a los vecinos del número 5, el señor y la señora Neville-Smith, de modo que desde entonces Dex tenía dos trabajos que podía desempeñar sin mayor problema.

No había vuelto a ver espíritus malignos desde que había empezado a trabajar en Hexam Place, aunque en realidad no siempre estaba seguro de ser capaz de identificar los espíritus malignos. A veces dedicaba semanas a observarlos, a menudo siguiéndolos, antes de poder estar seguro del todo. Pero debía recordar que había prometido al amigo del señor Jefferson, el doctor Mettage —el psiquiatra del hospital—, que no les haría nada a menos que le amenazaran. Decía que eso dependía de lo que uno entendiera por «amenazar». Las mujeres eran para él una amenaza, aunque eso era algo que jamás había compartido con el doctor Mettage ni con el doctor Jefferson. Se lo había contado a su dios, pero Peach no le había respondido.

Si no tenía trabajo en el jardín delantero del número 3, siempre tenía mucho que hacer en el del número 5. Un seto rodeaba los parterres de grava situados a ambos lados de los escalones principales y había estrechas cenefas de flores circundando el seto. Dex se arrodilló para arrancar las malas hierbas de las cenefas, extendiendo primero en el suelo un viejo felpudo que le había dado la señora Neville-Smith para protegerse las rodillas de las piedrecillas.

Le gustaba ver a la gente de Hexam Place sin desear hablar con ellos: la mujer pelirroja de la casa de enfrente que se sentaba en la escalera a fumar un cigarrillo; la anciana llamada June que sacaba al gordo perrito a dar una vuelta a la manzana; el chico que por su aspecto bien podría haber trabajado en la televisión y que se pasaba el día sentado al volante de un reluciente cochazo, dedicado más a esperar sentado que a conducir. Había dos hombres que vivían en la misma casa que la mujer pelirroja. Siempre salían juntos por la mañana, justo después de que Dex hubiera empezado a trabajar, siempre vestían traje y corbata y, los días de frío, llevaban unos abrigos ajustados.

Tuvo que ir a trabajar al jardín trasero, y entonces lo único que vio eran las clemátides, las dalias y las rosas. Al señor Neville-Smith le encantaban las rosas. En la casa contigua, el número 7, vivían muchos niños, dos niñas y un bebé, y una chica que, según había oído decir a Jimmy, era una *au pair*. Dex la vio subir y bajar las escaleras del servicio del número 7 y vio también a una señora que vestía una larga capa negra y que llevaba un pañuelo para la cabeza también negro que paseaba al bebé en un cochecito. Pero si les hubiera visto lejos de los lugares donde vivían, no les habría reconocido. Para él las caras no significaban nada. Veía en ellas máscaras vacías desprovistas de rasgos.

3

Eran muy pocos los clientes que sabían lo que era un *dugong*. El letrero que colgaba encima de las puertas del pub mostraba a un animal que estaba a medio camino entre una foca y un delfín, con un hermoso rostro de mujer. La imagen había llevado a algunos a decir que era una sirena, y a otros que era un manatí. El titular del local aconsejaba buscarlo en Google, pero si alguien siguió alguna vez su consejo, se desconocían los resultados. No parecía importante. El Dugong era uno de esos pubs de Londres que sobrevivían a la recesión, a las leyes diseñadas para impedir la conducción bajo los efectos del alcohol y a las reiteradas súplicas para que todos bebieran menos. Eso se debía a que tenía una clientela acaudalada y en su mayoría joven y a que estaba elegantemente dotado de un jardín trasero y de una amplia acera en la parte delantera donde los clientes se reunían a tomar Sauvignon y a charlar.

La primera reunión del Club de Hexam Place se celebró alrededor de la mesa más grande del jardín, puesto que hacía una noche agradable y calurosa para mediados de septiembre. Jimmy tendría que haber sido el presidente, pero, aunque no llegó exactamente a ser presa del pánico, se quejó de que no tenía ni idea de cuáles eran sus funciones. De hecho, nunca había dicho que sería presidente. Mejor que lo fuera June. Así que June leyó los escasos estatutos de constitución del club, que fueron aceptados en calidad de registro válido por Jimmy, Beacon, Thea, Montserrat —que no había estado presente— y Henry. El primer punto de la agenda fue la cuestión referente a los derechos humanos de Henry.

June apenas había empezado con el discurso que había escrito y en el que describía al pobre Henry esperando durante horas al volante del BMW a que apareciera lord Studley, y ni siquiera había

llegado a pronunciar el nombre de lord Studley cuando el sujeto de su queja se levantó de un salto, al grito de:

—¡Basta, basta, basta!

—¿Qué diantre ocurre? —El jardín del Dugong estaba infestado de avispas—. ¿Te ha picado alguna?

—Pero ¿es que quieres que pierda mi empleo? —Henry bajó la voz, convencido de que no sólo las paredes tenían oídos, sino también los setos y las plantas en sus macetas—. Me ha costado un año entero conseguir este trabajo. ¿Y qué pasa con mi piso? —prosiguió con un sibilante suspiro—. ¿Quieres que pierda también el piso?

—Bueno, créeme que lo siento mucho —dijo June—. He actuado con buena intención. Me ha afectado mucho verte medio dormido al volante a esa hora de la mañana.

—Si no te importa, mejor cambiamos de tema. Y, pensándolo bien —añadió Henry, lanzándole una mirada asesina—, aunque te importe.

—Hora de otra copa —intervino Beacon—. ¿Qué tomamos? —Intentó ofrecer alguna cita bíblica adecuada para la ocasión, pero en la Biblia no aparecían coches ni ninguna referencia a los derechos humanos—. ¿Qué va a ser, Henry?

A Henry y Montserrat les apetecía una copa de vino blanco; June prefería un vodka con tónica, y Thea, un Merlot. Jimmy pidió una cerveza, y Beacon se decidió por un agua con gas «con un toque de grosella negra», porque siempre había la posibilidad de que el señor Still le llamara al móvil para que fuera a recogerle a la estación Victoria.

Como en la agenda no quedaba nada salvo la sección de «Gastos e ingresos», que seguía siendo una página en blanco, enseguida llegaron a «Otros asuntos varios». Montserrat sugirió que se organizara una batida de reclutamiento para incorporar a más miembros. Aunque la posibilidad de ser miembros estuviera limitada a los residentes de Hexam Place, todavía faltaban Rabia, Richard y Zinnia. Beacon dijo que se había avisado a todos de la reunión y advirtió que no se podía obligar a asistir a nadie a la fuerza.

—Pero sí podemos *convencerles* —dijo June—. Podemos apelar a su civismo. —Sugirió que se discutiera la convocatoria de una sali-

da a un «espectáculo» durante la siguiente reunión y que se fijara una fecha. La suerte de inquieta apatía que a menudo se adueña de las reuniones que se prolongan demasiado estaba provocando que se cerraran algunos ojos, que se encogieran algunos hombros y que los primeros calambres empezaran a dejarse sentir en las piernas de los asistentes. Todos respiraron aliviados cuando acordaron dar el sí a la salida, sobre todo porque no iban a volver a plantear el tema hasta octubre. La reunión tocó a su fin y empezaron a beber en serio.

A pesar de mantenerse fiel a su norma de evitar el licor, Henry se había tomado su vino y necesitaba algo más fuerte. Las cejas se arquearon cuando pidió un Campari con soda y apenas echó mano de la soda. Le esperaba un calvario cuya llegada ansiaba y temía a la vez, pero del que no había escape posible. Huguette esperaba verle, y sabiendo como sabía que su padre se había ausentado durante dos días con motivo de una visita parlamentaria a Bruselas, sabía también que no había razón alguna para que Henry tuviera que estar disponible para conducir el Beemer. De todos modos, su espera sería en vano, porque él tenía otro compromiso con la familia Studley a las nueve.

Beacon fue el primero en marcharse. Había recibido su llamada. El señor Still viajaba en un tren con destino a Euston, no a Victoria, y llegaba en doce minutos. Eso también le sirvió de aviso a Montserrat, que le vio marcharse, comprobó que el Audi no estaba y corrió escaleras arriba del número 7 para llamar a la puerta de Lucy y avisar a Rad de que debía marcharse en un plazo de, como mucho, tres minutos. Después de bajar con él a la planta donde estaba el salón y de allí por la estrecha escalera que llevaba al sótano y al patio, cuando lo vio desaparecer en dirección a Sloane Square, volvió corriendo al piso superior. Por una vez, Thomas dormía, las niñas estaban viendo la televisión mientras se preparaban para acostarse y Rabia tomaba una taza de té.

El número 11, propiedad de los Studley, era la casa más grande de Hexam Place. No sólo era mayor en tamaño que las demás, sino que además era distinta de las adosadas, pues era una vivienda ais-

lada y poseía unas barandillas más elaboradas en los balcones. Se accedía al edificio entre columnas acanaladas y por una puerta de doble hoja. Sobre la puerta, las cristaleras comunicaban el dormitorio principal con un gran balcón, adornado con urnas griegas en las que crecían las palmeras. Esa ventana, aunque cerrada con llave, hacía que el dormitorio pareciera más expuesto y menos seguro que si hubiera estado protegido por una pared sólida, y de ahí que Oceane Studley prefiriera ser ella la que visitara a Henry y no al contrario.

Éste regresó del Dugong a las nueve menos diez y enseguida se puso a cambiar las sábanas de su cama, además de bajar las persianas y sacar las copas de vino. Ella llevaría el vino. Siempre lo hacía. Aunque no se habían visto más de dos veces. De hecho, ésa sería la tercera. Henry no tuvo tiempo de darse una ducha, aunque ya lo había hecho por la mañana. Tendría que conformarse. No sabía si le apetecía ver a Oceane o si en realidad habría preferido que le sonara el móvil y que ella le dijera que no podría ir. Lo cierto es que durante todo el rato que ella estaba en la habitación, él estaba aterrado. Suponía que si podía funcionar y no se dejaba inhibir por el miedo que le atenazaba era sólo gracias a su juventud. Con Huguette, en cambio, las cosas eran muy distintas, porque lo hacían en el piso de ella, ubicado a un kilómetro de allí, y no en casa de su padre, aunque obviamente era el padre de Huguette quien pagaba el alquiler. Toda esa casa, tanto la habitación de Henry como el dormitorio principal, era propiedad de lord Studley, y aunque sabía que su jefe estaba en Bruselas, seguía temiendo ser objeto de los espías. Esa noche, al entrar en casa, se había topado con Sondra en las escaleras, y a pesar de que ella se había mostrado visiblemente amable, él no podía quitarse de la cabeza la idea de que había estado espíandole.

El problema era que Oceane era una mujer muy atractiva y que todavía no había cumplido los cuarenta años. A Henry le resultaba básicamente más atractiva que su hija, pero Huguette era joven y eso era una gran ventaja. En cualquier caso, aunque jamás se le había pasado por la cabeza la posibilidad de rechazar a Huguette, sí había temido decirle «no» a Oceane. Y si bien él desconocía la his-

toria de José y la esposa de Putifar, la trama resultaba obvia para todo aquel que imaginara la situación: si le dices «No, gracias, mejor que no», ella le cuenta a su marido, que resulta ser tu jefe, que te has propasado con ella.

Cuando estaba ya a punto de visualizar las últimas consecuencias de ese resultado, se abrió la puerta y entró Oceane. Nunca llamaba. Aunque Henry podía ser para ella algo más, no dejaba de ser el chófer de su marido.

—Ah, querido —dijo—, ¿no estás en el séptimo cielo ahora que me ves? —Pegó su pelvis contra él y le metió la lengua en la boca.

Henry respondió al envite. No tenía mucha elección.

Montserrat estaba totalmente al corriente. Se había propuesto saber quién tenía una aventura con quién, quién se escaqueaba y quién tomaba prestado un Beemer o un Jaguar cuando esa suerte de préstamos estaba terminantemente prohibida. Aunque nunca había chantajeado a nadie, le gustaba atesorar en la recámara la posibilidad de un moderado chantaje. La única amiga que tenía en Hexam Place era Thea, y el único miembro del club que tenía coche propio era ella, que conservaba el viejo Volkswagen en un garaje de las antiguas caballerizas propiedad del número 7.

Todos los intentos de convencer a Rabia para que se uniera al club habían fracasado.

—No tendrías que beber nada. Me refiero a que no estarías obligada a tomar alcohol. Bastaría con que te sentaras a una mesa y hablaras. Y además podrías ir con nosotros a ver algún espectáculo.

Rabia respondió que no se lo podía permitir y que si le preguntaba a su padre si podía ir a un pub él le diría que no.

—¿Y por qué ibas a decírselo?

—Pues porque es mi padre —dijo la niñera con esa simpleza y esa claridad tan propias de ella—. Ya no tengo un marido que me diga lo que debo hacer. —Haciendo caso omiso de los ojos en blanco de Montserrat, le ofreció otra taza de té.

Montserrat dijo que prefería una copa de vino y que suponía que Rabia no le dejaría subir la botella.

—No, claro que no —dijo la niñera—. Lo siento, pero estamos en la habitación de los niños. —Y fue a ver cómo estaba Thomas, que había empezado a lloriquear.

June, la Princesa y Rad Sothern, que era el sobrino nieto de June, tomaban un café en la sala de estar del número 6. La Princesa sólo toleraba la presencia de ese pariente de June porque era un profesional, actor y una celebridad. Además de eso, era muy apuesto y encarnaba al señor Fortescue, el cirujano ortopeda, en una de sus series de televisión favoritas. El señor Fortescue era un personaje importante de *Avalon Clinic*, salía todas las semanas y era un rostro famoso cuando se le veía por Sloane Square. June le tenía un tibio aprecio, aunque era plenamente consciente de que él sólo iba a verla cuando no tenía nada mejor que hacer. Le había visto entrar al número 7 por la puerta del sótano y no aprobaba que tuviera una aventura con Montserrat, a la que consideraba ladina. No conseguía entender cómo se las había ingeniado Rad para conocer a la *au pair* de los Still. Por lo que sabía, el único contacto que su sobrino había tenido con los ocupantes del número 7 había sido cuando la Princesa le había presentado a Lucy Still en una fiesta que había dado en esa misma casa hacía unos meses.

La Princesa se dirigía a él como «señor Fortescue», porque le parecía divertido hacerlo así. Rad le había pedido que no lo hiciera, pero ella no le había prestado atención. La conversación se limitaba siempre a los chismes, sobre todo a los del mundo del cine y de la televisión, y no a los escandalosos chismorreos sobre Hexam Place, aunque obviamente, en el caso de Rad, eso se acercaría más a la verdad. June sabía que si su sobrino visitaba el número 6 con la frecuencia con que lo hacía no era movido por el afecto que sentía hacia la Princesa, sino para que cuando los vecinos le vieran creyeran que a quien visitaba era a su tía abuela June, y no a Montserrat.

La Princesa, como siempre, quería que él le hablara de las vidas

privadas del reparto de *Avalon Clinic*, y él respondió a su demanda con una diluida versión. Pareció dejarla satisfecha.

—¿Puedo ofrecerle un brandy, señor Fortescue?

—¿Por qué no? —fue la respuesta de Rad.

Aunque a ella no le ofrecieron, June se sirvió una copa de todos modos. Estaba cansada y todavía tenía que sacar a *Gussie* a dar la vuelta a la manzana. Su sobrino tardaría horas en marcharse si no le daba lo que ella llamaba «un empujoncito», aunque en esa ocasión fue más que eso.

—Es hora de que te marches, Rad. Su Alteza quiere acostarse.

June le puso la correa al perro y, según rezaba una expresión de propio cuño que utilizaba habitualmente, acompañó al actor fuera del inmueble por la puerta principal, bajando con él las escaleras hasta la calle. Aunque era una noche agradable, estaba empezando a refrescar. Rad cogió un taxi en Ebry Bridge Road y June y *Gussie* dieron la vuelta a la manzana. A pesar de que ya era muy tarde, todavía había luces en los dormitorios, y Damian y Roland estaban aún en su salón, aunque tenían bajadas las persianas. No había nadie a la vista en la calle, nadie que pudiera ver entrar a June por la puerta principal, de modo que *Gussie* y ella entraron por las escaleras de más cómodo acceso que bajaban al sótano.

Thea vivía en el piso superior del número 8, mientras que Damian y Roland ocupaban la planta baja y el primero. Roland se encargaba de parte de la limpieza, aunque a regañadientes, y Thea hacía lo que él no hacía, aunque no había nadie a cargo de la limpieza del piso de la señorita Grieves, que ocupaba el sótano. La anciana señora no podía permitírselo. Thea ya le hacía la compra y a veces le llevaba comida cuya calidad superaba con creces la del servicio de reparto benéfico de Meals on Wheels, aunque con el tiempo también había empezado a pasarle la aspiradora y a quitar el polvo de los viejos muebles. Ése era uno de los muchos cometidos que llevaba a cabo sin que nadie se lo pidiera, porque sentía que era su obligación. Por la misma razón,

hacía lo que llamaba «pequeños trabajos» para Damian y Roland, como quedarse en su casa para recibir al fontanero o un paquete de correos, llamar al ayuntamiento de Westminster City siempre que había que formalizar alguna reclamación, sacar la basura para reciclar, cambiar bombillas y reparar enchufes. Aunque esa suerte de tareas le desagradaba, ya no sabía cómo negarse. Tampoco se sentía especialmente orgullosa de la bondad con la que ayudaba a los vecinos. Le habría gustado que actuar así le hubiera hecho feliz, le hubiera permitido adquirir una consciencia de la virtud, o disfrutar de la satisfacción de prestar servicios útiles y gratuitos, pero lo único que se llevaba de todo ello era un receloso hartazgo y a veces incluso resentimiento. Simplemente actuaba harta y hastiada.

Mientras que Montserrat siempre parecía tener a alguien, en el caso de Thea, hacía dos o tres años que no había vuelto a tener novio. Los años pasaban, como bien se encargaba de recordarle su hermana Chloe, o, en palabras de Roland, que citaba de quién sabía dónde, el carro alado del tiempo se aproximaba implacable. Thea pensaba a veces que si algún hombre le pedía una cita, siempre que no fuera patentemente feo o asqueroso, le diría que sí. Ese hombre sin rostro estaba empezando a convertirse en un amante soñado, al que ella imaginaba llegando en un bonito coche para llevarla a dar un paseo y después a almorzar, y se veía saludándole con la mano desde la ventana, despidiéndose de Damian y de Roland y bajando corriendo las escaleras hasta la puerta principal.

No conocía a nadie, ni tan siquiera vagamente, que pudiera asumir ese papel. De camino al trabajo, en Fulham Road, miraba a los pasajeros del autobús o a los hombres que pasaban a pie por delante de ella y se ponía a pensar. ¿Qué era lo que había que hacer, qué aspecto tenía que tener, para atraer la atención de éste o de aquél? En una época lo había sabido y había puesto en práctica sus conocimientos. Esos hombres se habían casado con otras. Probablemente acabaría como la señorita Grieves, soltera y solitaria, convertida en una vieja arpía.